

Fundarán la mejor aristocracia
 En el noble trabajo y el talento,
 Y sobre ese cimiento
 Levantarán la nueva democracia.

El tenaz sembrador en el sendero
 Arrojará gozoso las simientes
 Do en épocas cercanas,
 Al brillo del Crucero,
 Surgirán de las tierras complacientes
 Las siembras vigorosas y lozanas:
 Flor de lo porvenir, que por el muro
 Del pasado decrepito se asoma,
 Colmando con su aroma
 El bosque triunfal de lo futuro.

Contemplan tus cerros y atalayas
 A los soberbios, rápidos navíos
 Trayendo desde Europa,
 Hasta tus ricas playas,
 Repleta de esperanzas y de bríos,
 De las labores la robusta tropa.
 Lo presente á los hombres testimonia
 Que contribuye su afanoso embate
 A que el tiempo desate
 El lazo que nos liga á la colonia.

A fin de que tu gloria consolides
 Este consejo varonil escucha:
 Para que grande imperes,
 Entre halagos, no olvides
 Que en toda paz también hay una lucha,
 Es la ley de las cosas y los seres.
 Lucha con brazo vigoroso, fuerte,
 En la lid del trabajo y de la idea
 Donde el triunfo clarea
 Para el que dobla obstáculos y suerte.

Así tú vencerás, matrona augusta,
 Sin ayudas extrañas ni refuerzos,
 Y en la cima altanera
 Do en la moderna justa
 Al ganador colocan sus esfuerzos,
 Nadie pondrá más alto su bandera.
 Entre tus hijos evitando el cisma
 Tú vencerás serena, noblemente,
 Levantada la frente,
 Con fe tan sólo en ellos y en tí misma.

¡América gloriosa!, con constancia
 Avanza, que la suerte te reserva
 Lo que al hado yo impetro:
 Que asombre tu bendita exuberancia,
 Que eleves magnos templos á Minerva,
 Que tomes de los ínclitos el cetro.
 Mas no descuides nunca que en la tierra
 Los pueblos sólo admiran á la historia
 Grabando en su memoria:
 La paz es una forma de la guerra.

EMILIO FRUGONI ⁽¹⁾

SALMOS DE LA IRA.

I.

El cielo se ensombrece de presagios
 y se uniforma en una inmensa mancha....
 El silencio penetra la campiña,
 y la ciudad recoge su algazara,
 como recogen en llegando al puerto....
 su velamen las barcas....

Es la hora de las vagas inquietudes,
 de las indefinibles añoranzas,
 de los grandes anhelos que se tienden,
 como para morir, sobre las almas...
 ¡de los hondos anhelos que palpitan,
 y se yerguen, y luchan, y se agrandan,
 con todos los esfuerzos que exasperan
 la rebelde agonía de una llama!

Es el triste momento en que la sombra
 es un cósmico espíritu que baja
 á hablar con las conciencias pensativas,
 en su extraño lenguaje sin palabras.
 Es el momento del dolor tranquilo,
 que desde el fondo de la vida se alza,
 como espectro que surge de una tumba
 bajo la inmensa noche desolada....

Es la hora en que las frentes se reclinan
 de los recuerdos en la suave palma,
 y los vivos se vuelven á los muertos,
 mientras los muertos por la vida pasan.
 La hora que Víctor Hugo, ¿no te acuerdas?
 consagró á la plegaria;
 (la oración es un pájaro nocturno:
 cuando llega la noche, abre las alas);
 el instante en que todo gesticula
 con la solemnidad de las montañas...
 la hora gris, la enemiga del relieve,
 impropicia á la Forma iconoclasta
 del Color; el momento en que se funden
 en el cielo sin luz las lontananzas,
 mientras va desfilando por la mente
 un vuelo de canciones de la infancia...

(1) La musa de la juventud presta actualmente sus canciones al más inspirado de nuestros poetas jóvenes: EMILIO FRUGONI, un escritor de ayer, sin historia literaria, y que, sin embargo, ha escrito dos libros y ha llenado con sus versos, arrojados en dispersión, al azar, sobre diarios y revistas, muchas de las mejores páginas de poesía nacional escritas en el último año. Redactor de *Los Debates* y *El Bombo*, periódicos universitarios; autor del poema *Bajo tu ventana*; su último libro, *De lo más hondo*, acentúa su simpática personalidad, y le consagra poeta por boca del eminente crítico José Enrique Rodó. Su musa se ha desviado ahora hácia la inspiración socialista, pero, en el fondo, sigue siendo siempre el tierno poeta de los dulces madrigales, de las melancólicas quejas de amor.

¡la hora gris! en que sube el pensamiento
 á la torre más alta,
 para abarcar de una mirada sola
 de la existencia el vasto panorama,
 y observar la ondulante carretera
 por do vienen y van las esperanzas...!

II.

¡Vamos, pues, á pensar! Dobra la frente
 sobre el ayer, y en la profunda calma,
 deletrea el recuerdo que al pasado
 con indelebles signos epitafia...
 ¡que la vida se vuelva hácia la muerte,
 ya que la muerte por la vida pasa!

Dejemos pronto la ciudad dormida, —
 que mirando hácia atrás no se adelanta,
 y extendamos por cima del presente
 la fiijeza polar de una mirada.

III.

Reflexiona conmigo en los que viven
 la beatífica ausencia del nirvana,
 más inútil é inerte que la muerte,
 más que la muerte, oscura y apartada,
 que el cadáver, al menos, es abono,
 y en la infinita evolución substancia;
 mientras que los esclavos de la inercia,
 odres, si puede ser, llenos de nada,
 sin la ansiedad de una pasión, ni el brío
 de un ideal que mueva sus palabras,
 estorbos solamente, que en la senda
 del humano progreso se levantan,
 limo oscuro en los mares del trabajo,
 que á las quillas detiene ó las retarda,
 inmóvil bajo fondo que entorpece
 el camino de todo lo que avanza,
 que dificulta á las corrientes nuevas
 su orientación en medio de las aguas,
 que está para absorber y va absorbiendo,
 aunque no quiera, las fecundas savias, —
 esos, como en un campo los abrojos,
 sólo del suelo las potencias gastan
 y sólo rinden un servicio al suelo
 después que el sol los pudre en las barrancas....

Piensa en ellos, si acaso se merecen
 que alguien detenga alguna vez la planta
 para observar en el trajín humano
 sus vilezas de eunucos y de mandrias.
 Piensa en ellos, y arrójales encima
 el desprecio del Dante: *guarda e passa!*

IV.

Piensa después en todos los que tienen
 la riqueza en la mano, como un arma,
 forjada con la sangre de los pobres
 en el yunque de todas las infamias,
 con la que hieren el orgullo humano
 y mutilan y vejan... ¡y no matan!
 En los que sobre el carro de los Césares

en estas actuales Romas degradadas, —
 donde Césares son los que han vencido
 del interés en la feroz batalla,
 donde Cresos han cenido la corona
 por la estrella del *Victor* constelada; —
 en las que sobre el carro del triunfo
 cruzan el circo de los nuevos Lacios,
 arrastrados por hombres ¡no por bestias!
 que al no tirar, el carro los aplasta....
 Piensa en ellos y envíales conmigo,
 más que una maldición, una amenaza,
 y sobre el Sinaí de la conciencia
 quede vibrando, como un puño, el alma!

V.

Dirige luego los videntes ojos
 hácia toda esa turba descastada
 que pone los grilletes al que piensa
 y al que pide un derecho, la mordaza;
 que temiendo á la luz, en los cerebros
 no deja entrar la claridad del alba,
 y enemiga del vuelo de la idea,
 clausura á piedra y lodo las ventanas
 que dan hácia risueñas lejanías
 por un lujo de auroras enfloradas...
 que erige las mentiras en verdades
 eternas é intangibles, cual murallas
 defensoras del huerto en que maduran,
 para Pluto, simbólicas manzanas,
 ¡cercos en donde estrellarán sus olas
 de la Razón las épicas audacias!...

Piensa en los que juntando en un inmenso
 montón las energías proletarias
 las hicieron arder, como rastrojos,
 de fetiches absurdos ante el ara,
 incendio por el cual sus ambiciones
 quedaron satisfechas, ó aumentadas,
 al tiempo que los ímpetus de abajo
 hechos cenizas en montón quedaran,
 para que encima del montón pudiesen
 dormir sus digestiones los que mandan....

Piensa en los que colocan á los hombres
 frente á frente, en un campo de batalla,
 logrando que en las carnes valerosas
 hunda el Rencor el filo de sus dagas!
 haciéndolos matarse, cual si fuesen
 fieras que han de vivir de lo que matan.
 Piensa en ellos; inclina la cabeza
 por la visión horrible doblegada;
 el más cortante acero de tus odios
 con majestad serena desenvaina,
 y hazlo flamear ante la negra turba
 cual del Arcángel vengador la espada.
 Replégate en tí mismo; haz en tu pecho
 una acumulación febril y magna
 de todos los rencores y de todas
 las más viriles ansias;

recoge bien tus bríos, cual si fueses
á saltar de tu bíblica montaña,
y deja desplomar sobre esa chusma
tus iras sacrosantas!..

VI.

Y piensa luego en los que van pasando
por entre el mundo, como sombras trágicas,
cargados de tristezas seculares,
de miserias candentes y de lacras,
soportes de una luz que no les llega,
Hércules de la edad, modernos Atlas,
porque son el sostén en que reposan
la vanidad, el lujo, la abundancia,
otros tantos planetas que gravitan
¡ay! sobre sus espaldas.

Piensa que hundidos en la sombra gimen
y gimiendo trabajan y trabajan...
sin poder conseguir para sus hombros
la hora en que puedan deponer la carga,
y sacudirlos, una vez al menos,
libres, al sol, como si fuesen alas!

Ellos ven por detrás de los cercados
el jardín de Semíramis; y pasan!
sabiendo que el pensil nunca ha de abrirse,
¡jamás! á su desgracia.

Ellos ven á través de los cristales
los esplendores de la orgía báquica
y se alejan, ambrientos y cansados,
á esconder sus miserias resignadas....
Acuérdate, mi bien, de esos que sufren
por los que nunca padecieron nada,
¡de esos que uncidos al pesado carro,
van rugiendo una pena que no acaba!

VII.

Piensa en ellos: no reces y no llores.
Si aconseja rezar, Hugo se engaña:
la oración es la inútil cantilena
con que se hacen dormir dentro del alma
á las iras más justas y más grandes
que han de soliviantar nuestra desgracia.
¿Llorar? el llanto es el fecundo riego
que hace crecer la ponzoñosa planta
cuyas fuertes raíces se introducen,
tentáculos de pulpo, en las entrañas
de la vida presente, hecha de angustias,
montón de cobardías y de máculas,
cieno tan sólo, pestilente cieno
donde el Dios de bondad aun no soplara.

¿Llorar? No llores, que llorando hacemos
lo que el amante de la griega fábula,
que « á fuerza de llorar crecer hacía
el árbol que con lágrimas regaba. »
Ya Garcilaso, el divo Garcilaso,
nos lo ha contado en su castiza fabla:
« ¡que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón por qué lloraba! »

No llores, pues, que por virtud del llanto
creció de Dafne la viviente planta.

Resignarse es morir! No te resignes,
que la resignación es una malla
con que la religión del galileo
los miembros del que sufre aprisionara,
para tenerlo inmóvil é impotente,
preso de la cerviz, entre sus garras!

Diles á cuantos gimen que se pongan,
desafiantes, en pie, frente á la valla
que se opone al avance de sus sueños.

¡Que erijan su valor ante la crápula!
Si tienen que llorar, díles que rujan;
que se llenen de bríos las entrañas,
que tengan la altivez de sus dolores,
y si quieren pedir ¡díles que vayan
á pasar por los ojos de sus amos
los dos puños repletos de amenazas!

POSTRERA.

¡Ah, no! Cuando me veas
no te alejes de mí porque te miro.

¡Por caridad! No creas
que si persiguen ávidos mis ojos
tus pupilas hebreas;

que si asoma en mis labios la sonrisa
ante la gloria de tu faz que encanta;
que si tiembla en mis labios indecisa
una impulsión de hablar y se levanta
de mi boca un rumor, como un perfume
que va surgiendo desde el cáliz rojo,
es por que del amor que me consume
vaya á hablarte otra vez, ni de tu enojo
quiera implorar el fin, ni quiera, acaso,
hablarte del dolor de una existencia
que tu desdén empuja hácia el ocaso,
y que es, abandonada á sus dolores
en el instante en que el amor la hiere,
un fulgor que se apaga á tus fulgores
y un lirio que se inclina á tus rigores,
como una gran tristeza que se muere....

¡Ah, no!... Mi afán inmolo,
el poderoso afán de conquistarte.
Ya no te pido amor: ahora, tan sólo,
con el ansia febril que me domina,
te pido que me dejes quemar en los ardores
de tus pupilas hondamente malas,
donde retuerce su maldad la hoguera,
la inquietud dolorosa de las alas
de mi ilusión postrera!...

Te pido que no niegues el consuelo
de tu hermosa visión á mi amargura.
¡Deja que llegue un resplandor del cielo
á lo más hondo de mi « selva oscura! »

Que si mi amor, en fin, te causa enojos
á morir me condenes.
Pero que en tanto de mi mal te alegras
¡pueda apurar la hiel de tus desdenes
en el fulgor de tus pupilas negras!

Eso, no mas, te pido.
¡Que al terminar mis horas intranquilas,
caiga sobre las penas que he vivido,
la extremaunción de luz de tus pupilas!

Á LA DIOSA.

Otra vez más al pie de tus altares,
temblando de fervor, diosa, me tienes.
Hoy á tí suben todos mi pesares,
como nube de incienso
que el corazón, un rítmico incensario
donde arde el fuego de mi amor intenso,
eleva hácia tu alma. En el santuario
de la antigua pasión vuelvo á postrarme
de hinojos, diosa mía,
porque quiero en tus aras comulgarme
á la luz de la fe que antes sentía...

Escucha: es mi oración! A tí levanta
su cadencioso vuelo,
como un ave eucarística que canta
un dulce canto que aprendió en el cielo.
A la antigua pasión ya no resisto!
El labio que tu pie temblando besa
es el que te negó, cual Pedro á Cristo.
Sobre la frente que ante tí se inclina,
de la innoble traición la angustia pesa,
y, abatido mi orgullo cual la encina
que troncha el huracán, vengo á implorararte,
pordiosero de amor, una ternura
que me dé inspiración para cantarte.

El corazón que te ofrecí, no ha muerto:
ha cruzado á través de otros amores
como un barco á través de la tormenta,
y ahora vuelve á tu culto, como al puerto
vuelve el barco que todos los furoros
ha sostenido de la mar violenta.

Destrozado quedó, pero si quieres
reparar la ruina que lo abate,
lo verás avanzar á tus querereres
como avanza el vigor hácia el combate.
Si me alejé de tí, perdón te implora
el pecho que en su culpa halló el castigo.
¡El mar que atravesé fué mi enemigo!
Y si á otros credos les confíe mi suerte
desde hoy vuelvo á tu culto, y desde ahora
te seguirá mi amor hasta la muerte!

DONNA CELESTE.

Dejadle paso! que su blanca veste
no ha de rozar con nadie en el camino.
¿No veis que es un espíritu celeste
que con sus alas á la tierra vino?

Dejadle paso! Al avanzar serena
brilla en su rostro que enceguece al verlo,
la fatal expresión de una sirena
que atrae hácia el abismo sin saberlo...

Vedla pasar! Es como un cisne blanco
que en cerúlea extensión muestra sus galas
y llueve el sol sobre su ebúrneo flanco
gotas de luz que ruedan por sus alas.

Dejadle paso! Tenue y vaporosa
como un ensueño, la deidad avanza.
¡Visión de nieve, imagen candorosa,
tú traes la luz: la luz de la esperanza!

¡Oh, dejadla pasar! Angel que vuelas
rozando el suelo con tu níveo manto,
¿no te apiadas de mí? ¿no me consuelas?
¿no te detienes á enjugar mi llanto?...

.....
El tul de una ilusión esplendorosa
cuando avanzas mi espíritu entreteje...
¡Y hoy pasas sin mirarme! ¡Y vas dichosa!
¡Oh! Dejad que se aleje!... que se aleje!

DE MIS AMORES.

Madre ¡cuánto sufro
por la niña aquella!...
la de azules ojos,
de rubias trenzas,
la que yo idolatro
con el alma entera,
la que cierto día pasó ante nosotros
y, ahogando un suspiro, yo te dije:
¡Ay, madre del alma, [«¡es ella!»]
qué terrible pena
es buscar amores y encontrar tan
mucha indiferencia!... [sólo]
Soy como el viajero
que en noche muy negra
mira hácia la altura
buscando una estrella,
y ve en las alturas
tan sólo tinieblas!
Yo miré hácia un alma
buscando la estrella
de un amor profundo
que su luz me diera,
y encontré tan sólo,

¡tan sólo tinieblas!...
.....
¡Ay, madre del alma!
qué terrible pena
es buscar amores,
es buscar ternezas,
y encontrar, en cambio,
¡mucha indiferencia!...
.....
Madre, yo te pido
por lo que más quieras,
por tus ilusiones,
por la vida entera
de tu pobre hijo
que vayas á verla,
que le cuentes todas,
¡todas mis tristezas!
que allí, de rodillas,
le pidas que sea
menos inhumana,
menos altanera,
que en la luz celeste de sus gran-
mi ternura envuelva, [des ojos]

que me dé la dicha
que cruel se lleva,
que me quiera un poco,
madre, ¡que me quiera!...
Dile que en mi vida
sus desdenes pesan
como sobre un hombro
una mole inmensa;
dile que en mi alma
flota la tristeza
como sobre un río
una nube negra;
dile que esa mole
y esa nube inmensas
¡ay! sin energías
y sin luz me dejan!...
Dile sollozando
que tú eres muy buena,
que tú no mereces
la angustia suprema
de ver que tu hijo
se muere de pena;
ábrele tu pecho
que el dolor lacera,

ábrele tu pecho para que á sus ojos
brille el sufrimiento, como humilde
que dentro su concha [perla
ocultar quisiera
sus blancos destellos;
dile que tu sufres
con mis propias penas;
¡hablen tus sollozos!
y, á sus plantas, ruega
que no me abandone.
¡Nada hay que conmueva
como los sollozos
de una madre! ¡Ruega!
y si no se ablanda
su pecho de piedra,
si no se conmueve
al ver tu tristeza,
si no arroja á un lado todos sus rigo-
res, [res,
como un atavío que el alma despre-
si luego sus ojos [cia,
á mis ojos niega,
madre, yo me mato, porque no me-
que sufra por ella!... [rece

TUS PUPILAS.

Son un mar tus pupilas tentadoras
donde la perla del ensueño asilas.
Como la mar, traidoras,
profundas como el mar son tus pupilas.

Las agitan recónditos furoros,
como al mar, cuando cruza la tormenta,
¡y saltan al vacío sus fulgores
como espumas de una ola que revienta!

Ellas retratan á la nube oscura
que una mancha de sombra les arroja.
¡Yo he visto, en los momentos de amargura,
asirse á tus miradas la congoja!

De tus pupilas elevarse veo
cuando cargadas de pasión me besan,
fugitivos chispazos del deseo
que, cual aves marinas, atraviesan;

Por ellas indulgencias y rigores
á lo más hondo de mi sér destilas,
y comprendo al bañarme en sus fulgores
que llevas la esperanza en las pupilas!...

Un mar de donde brotan mis auroras
es el mar de tus ojos, adorada;
por eso en tus pupilas soñadoras
sumerjo intensamente la mirada...

En ese mar, también, hallan mis días
una tumba que guarde sus destellos.
El sol de mis doradas alegrías
muere en el fondo de tus ojos bellos!

Abismo de mi afán, por él relevan
á mis glorias de amor las desazones.
Mis ilusiones desde allí se elevan
y allí van á caer mis ilusiones.

Y es siempre mi pasión la castigada
con ese altivo mar en las querellas.
Si de sus ondas brota la alborada
es porque el sol ha de morir en ellas!

Inconstante y traidor, siempre mantiene
en rudo sobresalto el pecho mío:
ya el bajel de mi amor, blando retiene,
ya lo hace zozobrar, hosco y bravío.

Siempre estudio ese mar y siempre en vano
quiero saber cómo obrará su imperio.
Igual que cuando miro el océano,
se estrella mi razón contra el misterio!

De lo más hondo de ese mar levanta
su vuelo una canción dulce y serena:
es la promesa de un amor que canta
como canta en los mares la sirena.

¡Cuántos pobres viajeros atraídos
por ese canto que hasta el alma llega,
dejaron sus ensueños sumerjidos
en ese mar donde el dolor navega!

Son un mar tus pupilas. Yo he buscado
á través de sus ondas la pasión,
y en sus ondas de luz ha naufragado
mi pobre corazón!

SONETO.

Cuando el postrero desencanto llegue
á extinguir de este afán las vibraciones,
y al astro inspirador de mis canciones
de una sombra infinita oculte el pliegue;
— cuando la noche victoriosa anegue
al alma, como un mar, y sus crespones,
ahuyentando alegrías é ilusiones,
como banderas del dolor despliegue,
me alejaré por siempre de tu lado,
y mientras por la sombra esclavizado,
prosigo de otro amor la ruta incierta...
abandonada quedará mi lira,
cual un ave infeliz que por tí expira,
sollozando un adiós, junto á tu puerta!

* * *

La fe me acompaña. De bríos voy lleno.
Provoco á la suerte, desprecio á la muerte.
¡La luz de mi vida gloriosa se expande!
 ¡Yo quiero ser bueno,
 yo quiero ser fuerte,
 yo quiero ser grande!

Yo quiero ser grande para que me admire,
yo quiero ser fuerte para que me siga,
yo quiero ser bueno para que me quiera.
Detrás de este anhelo iré hasta que expire.
Yo haré de la suerte contraria una amiga.
Si muero en la lucha, ¡no importa que muera!

Desprecio á la muerte;
prosigo sereno;
¡mi audacia se expande!

Yo quiero ser fuerte,
yo quiero ser bueno,
yo quiero ser grande!

Así exclamaba un día
al sentir en mi pecho la alegría
de una nueva ilusión; así, extasiado
ante no sé qué alegres fantaseos,
exclamé, trastornado

por la visión de todos mis deseos....
Mas, sintiendo otra vez sobre mi frente
el peso de la angustia que la empaña,
y que allí donde estoy, está presente,
como una sombra que á mi pié acompaña,
dije llorando: corazón no cantes;
no olvides los rigores de tu suerte;
el himno de la vida no levantes,
¡oh tú que ya eres todo de la muerte!

Yo no puedo luchar! No tengo ardores.
Ni una sola ambición me infunde aliento.
El árbol crece cuando ve fulgores
que lo atraen al azul del firmamento.

Yo no veo fulgores. La tiniebla,
como un castigo, sobre mí se extiende.

¡La niebla que me oculta, es una niebla
donde jamás el sol un beso prende!
Soy un árbol sin savia y sin primores
desde que me sacude la congoja.

¿Para qué brotar flores
cuando no hay una mano que las coja?....
¿Luchar querías, corazón infausto?
 ¡Qué loco desvarío!

Ir á la lucha, cuando estás exhausto!
Ser llama, cuando sientes tanto frío!...

¿Pretendías lanzarte á la batalla
confiado en tu valor? ¡Vana quimera!
¡Oh corazón incorregible, calla!

No se puede ser brazo y ser bandera.
Dar la existencia tu valor quería
sin saber que anhelaba un desacierto.

¡Ya no la puedo dar, porque no es mía
Ya no puedo morir, porque estoy muerto!

Te hizo creer posible la victoria
de un ensueño feliz el loco alarde.
¡Ya no quiero luchar, ni por la gloria!
¡Ya en nada tengo fe: soy un cobarde!
Ella mató la fe que me alentaba,
y hoy, si entrase á la lid, ya no obtendría
los laureles que otrora conquistaba,
porque ella es mi valor, ¡y ella no es mía!
Ir á la lucha ¿para qué? Si acaso
me llevase á vencer un noble intento,
sin que viniese á detener mi paso,
como un profundo abismo, el desaliento,
el desengaño en el instante mismo
de mi inútil victoria surgiría,
y después de salvarme de ese abismo,
 en otro me hundiría!...

Luchar! luchar con ánimo sereno
para lograr ser grande, fuerte y bueno,
es gloriosa actitud: la lucha es recia!
pero esa gloria mi pasión no inspira,
que si logro torcer á mi destino,
el desengaño exclamará en mi lira,
viendo que su desdén contra mí arrecia
la mujer que obstinada me zahiere:
ser grande ¿para qué? si no me admira!
ser fuerte ¿para qué? si me desprecia!
ser bueno ¿para qué? si no me quiere!

JULIO HERRERA Y REISSIG ⁽¹⁾

LA ESTRELLA DEL DESTINO.

La tumba, que ensañóse con mi suerte,
me vió acercar á vacilante paso,
como un ebrio de horrores, que al acaso
gustase la ilusión de sustraerte.
En una larga extenuación inerte,
pude medir la infinidad del caso,
mientras que se pintaba en el ocaso
la dulce primavera de tu muerte.

La estrella que amparónos tantas veces
y que arrojara en medio de las preces
un puñado de luz en tus despojos,
hablóme al alma, saboreando llanto:
« ¡Oh hermano, cuánta vida en esos ojos
que se apagaron de alumbrarnos tanto! »

(1) JULIO HERRERA Y REISSIG nació en Montevideo en 1873. Es la contradicción más evidente al medio literario en que se agita. De su musa extraña y versátil, de su misantropía literaria, de su rebeldía intelectual, de su *dandysmo* sombrío y trá-